

PARTE UNO



Los primos







Uno

El objetivo es llegar al corazón:

Cortar las espinas.

Separar el bulbo de las raíces.

Pasar al siguiente.

Hay otros pasos en la cosecha del agave, pero yo soy responsable solamente de esos tres. Hay hombres que conducen las camionetas y hay chicos que saltan de las cajas de esas camionetas para cargar los corazones que, una vez despojados de las espinas, son del color de la leche y aproximadamente del tamaño y la forma de los balones medicinales. Esos corazones o piñas son llevados luego por tren a las fábricas,

donde los asan y los trituran hasta que producen un líquido pesado, dulce y ahumado. Ese líquido, una vez destilado, se convierte en pulque, mezcal o, si eres rico, en tequila tan claro como el agua.

Es de mañana. Voy camino al campo cuando escucho el silbato de un tren. El sonido rebota contra las montañas y tararea una tonada errática a través de la llanura. Nosotros sabemos qué hora es por esos silbatos: 7:10 dirección oeste; 9:22 dirección este; 14:20 dirección oeste. Sabemos que se necesitan diez minutos de carrera ininterrumpida en dirección sur-suroeste para llegar desde el campamento hasta esas vías. Le hemos tomado el tiempo.

La camioneta en la que viajo comienza a reducir la velocidad y se detiene junto a otras iguales, que también llevan las cajas rebosantes de trabajadores. Aferramos el largo mango de nuestras coas, bajamos y nos ubicamos frente a una hilera de plantas espinosas, que parece perderse en ambas direcciones en el horizonte de color anaranjado.

Llega una ráfaga de viento, que trae consigo un extraño olor: algo parecido a azufre mezclado con cítrico.

—Me sorprende que hayas dormido hasta tan tarde, Sarah.

Mi corazón da un vuelco y luego vuelve bruscamente a su lugar. James se ha acercado sorpresivamente desde atrás tantas veces en mi vida que ya no debería causarme una reacción de este tipo. Sin embargo, todavía ocurre. Me doy vuelta y lo veo a no más de treinta centímetros de mí, los ojos brillantes como la hoja de su coa, que refule en el sol

del desierto. Me doy cuenta de que está preocupado por mí, al borde de la frustración. Cuando se pone así –que es muy a menudo–, resalta el intenso color verde musgo de sus ojos.

–No creo que estés sorprendido –respondo.

–Pensé que quizá no llegarías a tiempo.

–No –le lanzo una amplia sonrisa–. No creo que lo hayas pensado.

Estamos rodeados de otros jimadores, por eso hablamos en código. Yo preferiría que no habláramos en absoluto. Preferiría que fuera como anoche, cuando estábamos solos los dos en las afueras del campamento, entre los matorrales, bajo la última luna llena del verano, cuando los únicos sonidos que brotaban de la boca de James eran las sílabas de mi nombre, entrecortadas por los suspiros.

–No –comenta–. No lo pensé –y observa el filo de mi azada.

Como siempre, me desperté tarde y, como resultado, me tocó una herramienta desafilada.

–El sol todavía no llegó hasta arriba de todo, pero parece que ya se te acabó toda la suerte del día –observa–. Te la cambio, si quieres.

–*Por favor* –exclamo con una sonrisa burlona–. Podría cortar más agave que tú aunque tuviera solo un cuchillo para untar.

James se ríe, lo cual es maravilloso. Hace ese gesto automático en que baja la cabeza y se cubre la boca con la mano como si estuviera avergonzado. *Está* avergonzado. Tiene una cicatriz en la comisura izquierda del labio superior causada

por la mordedura de un perro cuando él era pequeño, mucho antes de que nos conociéramos. Cada vez que ríe o esboza una gran sonrisa, el labio le tironea un poquito, como si lo estuvieran cosiendo con una aguja. Casi ni se nota, pero para él es muy evidente.

A veces, pienso que hay una gran uniformidad en el desierto. Las barracas tienen el mismo color cáscara de maní que la tierra, y la tierra tiene el mismo color que las montañas. La mayoría de los días, el cielo es llamativamente azul claro, pero hay pocos pájaros que vuelen por él, y los que lo hacen son negros. Los largos días no son más que una reiteración de los largos días que transcurrieron antes. Es difícil distinguir al joven del viejo y al hombre de la mujer, porque el desierto tiene una forma particular de borrar los rasgos que nos hacen únicos. La gravilla voladora nos raya la cara. El viento trata de destrozarnos por completo y el sol intenta decolorarnos, secarnos y convertirnos en polvo.

10

Todo ese viento y toda esa tierra no lo rayan a James: lo pulen y lo dejan reluciente. Está lleno de vida. Parece más alto y sus ojos brillan con más fuerza.

Me inclino hacia adelante, como para zambullirme en esos ojos. Él se inclina hacia adelante, fingiendo examinar los golpes de la hoja de mi coa.

Hemos realizado miles de versiones de esta misma situación: rondarnos uno al otro a un susurro de distancia. Pero la sensación es siempre nueva y emocionante, como arrebatar algo del estante de una tienda o tratar de huir de la lluvia.

Se escucha otro silbato –este suena muy cerca de mi oído derecho y ciertamente no es de un tren– y nos separamos velozmente justo cuando uno de los capataces jala de las riendas de su yegua color café y se detiene junto a nosotros.

–James Holt –brama el encargado–. ¿Crees que se les paga a ti y a tu prima para que admiren el paisaje?

James lanza un resoplido.

–¿Qué mosca te ha picado, Angus? ¿Esa yegua nueva te está trayendo problemas?

Es cierto que es nueva, una alazana que veo por primera vez. Es nerviosa y está obviamente inquieta. Sacude la cabeza y dilata los orificios nasales mientras olfatea el aire teñido de azufre. Se arrastra hacia delante y luego hacia atrás. Angus responde aferrando las riendas y jalando con fuerza. El animal chilla cuando el bocado le empuja las encías.

–Eres demasiado duro con ella –comento.

–¿Demasiado duro? –Angus jala otra vez. La yegua chilla y luego se queda quieta el tiempo suficiente para que él se incline hacia abajo y coloque los ojos al nivel de los míos–. Todavía no has visto lo duro que puedo ser con las muchachas que me fastidian –sonríe ampliamente dejando ver una hilera irregular de dientes grisáceos–. Ahora muévanse.



Termino trabajando junto a un hombre debilucho, que apareció en el campamento un par de días atrás con un niño

que tose mucho y probablemente sea tuberculoso. El chico podría ser su hijo, pero lo dudo. Tiene una tablilla en el brazo hecha con madera y arpillera. Por ese motivo, no puede cortar plantas ni trabajar en la cocina, de modo que se queda sentado entre las hileras de agave tratando de hacer casitas con las espinas desechadas, lo cual es prácticamente imposible porque el viento, que ha ido soplando con más fuerza durante el curso de la mañana, las derriba una y otra vez. Me recuerda a mi hermana Lane. Eso es exactamente lo que ella habría hecho a esa edad: crear castillos con desperdicios y nunca desalentarse cuando surge algo que los derriba. Para esa chica, no existían las causas perdidas.

12

Durante la última hora, el hombre ha venido manteniendo una especie de monólogo conmigo a través de la bandana roja y polvorienta que le cubre la nariz y la boca. No lo escucho con claridad pero deduzco que es de California, donde todavía hay uvas.

—¿Alguna vez comiste una uva? —pregunta.

Y sin detenerse prosigue relatándome que quiere abandonar los campos de agave, irse hacia el este y emprender otro tipo de trabajo. Dice que es muy bueno con los números y podría llevar la contabilidad. Me cuenta que tiene una pierna en malas condiciones, señala una rodilla visiblemente inflamada y comenta que no podrá continuar realizando trabajo físico durante mucho tiempo más.

—¿Dónde estaba antes de llegar aquí? —pregunto—. ¿En Ojai?
El hombre meneaba la cabeza.

–En Lo real maravilloso. Es un rancho de Texas, en las afueras de Valentine.

–Lamento decirte esto, pero si estás intentando ir hacia el este, estás yendo en la dirección contraria. Esto es Nuevo México.

El hombre deja de cortar, saca un trozo de tela sucia del bolsillo trasero y se limpia la frente. Repentinamente, lo golpea una fuerte ráfaga de viento y tiene que hacer un gran esfuerzo para no perder el equilibrio. Hace una mueca de dolor mientras se toma la rodilla.

–Estás tratando de ser graciosa –gruñe–, así que es obvio que no sabes nada de ese lugar.

Me encojo de hombros.

–Sé un poquito... de la gente que ha pasado por aquí. Es grande, más grande que esto. La paga no es demasiado buena, pero por lo menos allí siempre hay trabajo.

–Allí siempre hay trabajo porque nadie *quiere* trabajar allí –el hombre se inclina hacia mí y baja la voz–. Esos campos están malditos. El dueño les lanza maleficios a los trabajadores... y coloca *alguna sustancia* en la comida para controlarnos. Esta rodilla –señala su pierna–. Esto no es una lesión normal. Es un castigo. Yo me junté con otros jimadores para pedir una paga mejor. No mucho más, solo unos míseros centavos. No recuerdo haberme lastimado la pierna en ningún momento, pero después, una mañana, me despierto y... –el hombre se detiene, alza las cejas y da por descontado que yo puedo completar lo que falta.

Mi mirada se posa en el manojito de ramitas y hierbas secas que cuelgan alrededor de su cuello, como una forma de protección común y primitiva contra cualquier daño.

Un jimador supersticioso como él debe llevarlo siempre debajo de la camisa, apretado contra el esternón, justo delante del corazón.

Algunas personas de por aquí creen en toda clase de basura: campos malditos, demonios de piel grisácea que brotan de las grietas del suelo, chacales que salen en las noches de luna llena y andan solamente sobre las patas traseras, o en un atado de ramitas y cordel que mantiene alejadas mágicamente a las cosas malas.

–Interesante –mascullo.

El hombre guarda el trapo en el bolsillo y sigue cortando.

14

–¿Y tú y tu primo? ¿Es este el único rancho en el que han trabajado?

–Es el tercero –respondo.

–¿Cuáles fueron los otros?

–El primero fue en las afueras de Tulsa. Luego otro hacia el norte, bastante lejos de aquí, cerca de Picuris.

–¿No tienen padres?

–Ya no.

–Bueno, lo siento mucho –suspira y mira a su niño–. ¿A dónde irán después de aquí? Estoy seguro de que no querrán pasarse la vida cortando agave.

Echo un vistazo a James, que está más lejos en la misma hilera de plantas. Aun con las duras ráfagas de viento y el

polvo que sopla en su rostro, está trabajando al doble de velocidad que yo. Él es fuerte. Sus músculos han memorizado el trabajo. Los míos también, pero James es distinto. Tiene una concentración especial. Corta las plantas como si fueran el enemigo, pero no pierde la calma. Nunca deja de trabajar para quitarse el sudor o la tierra de los ojos. Dice que no piensa en el sol ni en la incomodidad cuando está cortando. Piensa en otras cosas.

Cuando le pregunto en qué “otras cosas” piensa, solo esboza esa sonrisa torcida y brillante tan típica de él.

James y yo podríamos trabajar en estos campos haciendo lo mismo todos los días, por el resto de nuestras vidas. Más de la mitad de Norteamérica está ahora desierta, desde el río Misisipi hasta el Pacífico. Gran parte del sur también ha comenzado a secarse, al menos eso escuché. El agave crece rápido en climas secos, y el agua es escasa y poco confiable. Mucha de la que queda es salada, no está filtrada y está llena de restos polvorientos de peces y pájaros muertos. En cambio, el alcohol –como el mezcal y el pulque– es limpio y seguro; quema las impurezas.

Ranchos como este, en las afueras de Verdad o Consecuencias, Nuevo México, son la sangre nueva del país. Aquí hay cientos de hectáreas de campo, que van más allá de las vías del tren y se extienden hasta las montañas. Estas tierras proveen la materia prima que producirá millones de litros de alcohol. James y yo podríamos treparnos a los trenes, mudarnos de un rancho a otro siguiendo la cosecha, oliendo

siempre a sudor reseco y sintiéndonos pegajosos por la savia del agave durante años, incluso décadas tal vez, hasta que nuestros cuerpos se agotaran. Lo hemos visto: hombres o mujeres más viejos, los músculos contraídos y angulosos, la piel calcinada hasta los huesos, dejan de cortar y simplemente se quedan... sentados. No importa cuánto griten los encargados ni cuánto rueguen los demás trabajadores, nada los hará moverse. Tarde o temprano, los alzan de las axilas y los arrojan en la parte de atrás de una camioneta junto a los corazones de los agaves, y no volvemos a verlos nunca más. Los capataces nos dicen que los llevan a las fábricas junto con los corazones blancos como la leche, que están apilados como cabezas cortadas, y que trabajan ahí, con relativa comodidad, adentro y lejos del sol. Yo no sé si eso es verdad. Es imposible saber a dónde van esas personas. El desierto es un lugar muy grande.

16

Ese no es nuestro plan: convertirnos en huesos viejos en el desierto. Nuestro plan implica ahorrar dinero suficiente para poder tomar un tren que nos lleve lejos de estos campos y hasta la costa este, donde podamos tener nuestro propio rancho, no para cortar agave sino para domar caballos. Podremos hundir los pies en el agua fría del océano cuando queramos. Somos jóvenes; tenemos tiempo. Trabajamos bien; trabajamos rápido.

Escucho un gruñido del hombre que está a mi lado y me doy vuelta. Otra vez dejó de cortar y tiene el pie apoyado con fuerza contra el costado de una planta de agave. La hoja de su azada está atascada en el corazón y está intentando desengancharla,

moviendo el mango de un lado a otro, como tratando de arrancar un diente flojo. La combinación del viento y de pasar el peso del cuerpo a la pierna mala hace que se caiga al suelo mientras maldice por lo bajo.

Dejo mi herramienta y voy a sujetar la de él. Con un corte tan profundo, la planta se ha arruinado, de modo que trato de salvar la herramienta. La madera comienza a distenderse cuando hago fuerza sobre el mango y creo que se romperá. De todas maneras, aplico toda mi fuerza y la hoja se desengancha con un sonido de succión. Un trozo del corazón del agave del tamaño de un puño vuela por el aire formando un breve arco y aterriza a mis pies.

Ayudo al hombre a ponerse de pie y le entrego su coa.

—Si haces cortes tan profundos —le advierto—, destrozará el corazón. Tienes que usar la azada como si fuera un cuchillo de pelar fruta y estuvieras tratando de quitarle la cáscara a una naranja. Nada más que eso.

—Yo sé cómo cortar agave —masculla.

No alcanzo a responderle porque unos cosechadores que están en la misma fila han comenzado a gritar.

—¡Abajo! —oigo que vociferan—. *¡Échense al suelo!*

Volteo lentamente y me da un vuelco el estómago al ver la tormenta: una cortina difusa color herrumbre que se extiende desde la tierra hasta el cielo. Su rugido es un gemido sordo, pero crece con rapidez. En pocos segundos, se desplomará sobre nosotros.

Uno tras otro, los jimadores se ponen de rodillas y aferran las coas contra el cuerpo y contra el suelo, porque una azada

suelta en una tormenta de polvo es algo malo. Mi propia herramienta –la que había soltado para poder ayudar al hombre con su hoja atorada– comienza a deslizarse velozmente por la tierra. Me lanzo hacia delante y apenas logro colocar los dedos alrededor del mango que se me escapa rodando otra vez. Aprieto los labios e inclino el rostro justo cuando me azota una fuerte masa de viento y gravilla.

Este es el procedimiento para protegerse de una tormenta de polvo: achicar el cuerpo, cubrirse la nariz y la boca, no perder la azada y esperar.

Me doblo hacia adelante y hacia adentro, y apoyo la frente contra las rodillas. Comienzo a tararear una canción, una antigua que mi abuela solía cantarnos a Lane y a mí para dormirnos cuando éramos pequeñas y había tormentas eléctricas. A veces, si logro crear una vibración dentro de mi cabeza, puedo ahogar el viento y olvidar el hecho de que no puedo respirar.

Esta es otra de las cosas en las que creen algunos de los jismadores: una tormenta de polvo está compuesta de fragmentos del pasado dispersos y sin resolver, que insisten en no ser olvidados, como un fantasma aborrecible. Cuando finalmente llegan, esos fragmentos se abren camino a través de ti, cavan túneles en los pliegues de tu ropa y se meten entre los espacios de tus dientes. Quieren ser parte de ti y no te sueltan.

Otras personas aseguran lo contrario, que el hecho de que una tormenta de polvo brote tan rápido y aparentemente de la nada, sirve como recordatorio de la imprevisibilidad

del futuro. Representa la incertidumbre, el caos total o, peor todavía, la futilidad de todo.

Yo no creo nada de eso, pero igual estoy aterrorizada. Aunque mi tarareo no está funcionando, lo mantengo. Puedo escuchar al hombre que se encuentra a mi lado llamando a su niño, diciéndole que no se asuste. El pequeño llora. Le oigo decir que no puede respirar justo antes de que aumente el silbido del viento y se transforme en un terrible rugido que lo abarca todo.

Transcurren varios segundos. Tal vez un minuto. Después, por encima del viento y del zumbido de mi cabeza, oigo un caballo. Sus cascos golpean contra el suelo. Resopla y grita.

El jinete ha perdido el control. Le da órdenes con alaridos. Levanto levemente la cabeza y veo que se trata de Angus. Su yegua alazana chasquea los dientes con fuerza y escupe y, aun a través del polvo, puedo distinguir el blanco de sus ojos aterrorizados. Está cerca –tal vez a unos treinta metros y aproximándose velozmente– y si no se detiene o cambia de rumbo, chocará directamente contra el hombre de Lo real maravilloso y su chico, pues ambos tienen la cabeza baja y están apretados uno contra otro.

Me impulso para ponerme de pie. El viento atrapa inmediatamente mi coa y me hace tambalear. Estoy casi segura de que escucho a James pronunciando mi nombre a unos cuantos metros de distancia, pero lo ignoro. Sé cómo manejar a un caballo y no necesito su ayuda.

Con un súbito movimiento hacia delante, agito el extremo romo de mi herramienta hacia los dilatados orificios nasales

de la yegua. Mi intención es hacerla girar para que corra en la otra dirección pero, en cambio, ella se detiene, chilla y se para sobre las patas traseras. Sus cascos delanteros azotan el aire. Un buen jinete sabe qué hacer en una situación como esta, pero Angus nunca fue un buen jinete. Clavo la hoja de mi coa en la tierra y me abalanzo sobre las riendas del caballo.

–¡Retrocede! –grita Angus.

Lo ignoro. Si logro sujetar las riendas, puedo hacer que la yegua voltee.

–¡Retrocede, perra estúpida!

Justo cuando mis dedos encuentran el cuero, Angus lanza una patada y la punta de acero de su bota se estampa en mi mejilla izquierda. Mi cabeza resuena con un repiqueteo, como cuando alguien aporrea varias teclas de un piano al mismo tiempo. Me inclino hacia atrás, mi visión se vuelve blanca por un instante, pero logré aferrar las riendas y no soltarlas.

–¡Puedo ayudar! –aúllo.

El animal apoya las patas en el suelo y sus cascos golpean a centímetros de mis pies. Luego se retuerce y chilla, retrocede y vuelve a levantar las patas delanteras.

–¡No necesito tu maldita ayuda! –grita Angus.

Las correas de cuero finalmente se escabullen de mis manos. Aprieto los dientes y empujo a la yegua.

A partir de ahí, el viento toma el mando de la situación, azotándonos a ambas. Yo me caigo instantáneamente, de costado como un árbol, pero por un momento, ella queda suspendida e inmóvil, casi vertical. Luego, lentamente, comienza a

inclinarse más hasta que sus patas traseras ceden debajo de ella y se desploma en el suelo. Se retuerce en la tierra antes de conseguir erguirse y salir disparando como el rayo, la montura colgando del cuerpo. Dirijo los ojos hacia el hombre de Lo real maravilloso, al que estaba intentando ayudar, y a través de la polvorienta neblina anaranjada veo que sujeta al niño mientras me echa una mirada fulminante como si yo hubiera sido la responsable de descargar la furia del demonio sobre todos nosotros.

Mis ojos rastrean a Angus. Sus grandes ojos abiertos están dirigidos hacia el cielo estrangulado de polvo, y sus miembros y su cabeza están colocados en ángulos extraños. Un hueso de raro color blanco se proyecta hacia afuera de su hombro. Su mano es lo que está más cerca de mí, la palma hacia arriba, como si me estuviera entregando un regalo.

21

Percibo vagamente que James tiene su mano alrededor de mi cintura y está tratando de levantarme. Dice algo, pero no puedo entender qué.

El viento se detiene por un instante, lo suficiente como para que pueda escuchar los gritos de los hombres, el sonido de los silbidos y la llegada de más caballos.

Estoy de pie y James jala de mi muñeca. Ahora comprendo que tenemos que correr. Tenemos que correr porque cometí un error.